

á esa funesta mujer,  
que debamos ya poner  
á sus plantas la corona?

No, Gonzalo: antes que al yugo  
de rigorosos extremos,  
demos nuestras manos, demos  
nuestras vidas al verdugo.

Por dicha tan fiero trance  
mi cautela anticipó,  
y el triunfo se granjeó  
que me prometo que alcance.

Tu cuerda advertencia ignora  
que presagiaré este caso,  
me aventuré á dar un paso  
que sirve de mucho ahora.

Eligiendo el mejor sesgo,  
al de Leon escribí  
que la infanta se halla aquí  
en grave, aunque oculto riesgo.

Él, que á despecho el divorcio  
llevó con teson prolijo,  
y adora en Fernando, el hijo

que quedó de su consorcio,  
tratará de complacer  
al infante, encaprichado

con que ha de vivir al lado  
de aquella que le dió el ser.

GONZALO. Mas tu ilusion no recela  
que habiendo otro sucesor  
de Enrique....

ALVARO. Sí, Leónor,  
la hermana de Berenguela.

Doble diadema á su sien  
risueño el hado prepara,  
la de reina, y la del ara  
nupcial que la ofrece....

GONZALO. Quién?

ALVARO. No hay indócil albedrío  
que la beldad no avasalle.

Ínútil es que lo calle:  
tambien ama el pecho mio.

GONZALO. Cielos!

- ALVARO. Amor encendió  
llama en él tan venturosa,  
que ella logra en ser mi esposa  
cuanto en ser su esposo yo.
- GONZALO. Infeliz! Qué dices? Tuya  
Léonor?
- ALVARO. En qué te ofendo?  
Tú demudado? Ah! comprendo....
- GONZALO. Primero el cielo destruya  
mi existencia! ¿Tal falsía  
tu corazon encerraba?
- ALVARO. Bien mi sospecha acertaba.  
¿Y tal pasión encubria  
el tuyo, fingiendo aleve....
- GONZALO. Y á ese amor ella responde?  
Mudo en mi pecho se esconde,  
que este respeto la debe.
- ALVARO. Pues para siempre lo olvida.
- GONZALO. Eso nunca.
- ALVARO. ¿Antepondrás  
un riesgo cierto....
- GONZALO. Jamas!  
aunque me cueste la vida!
- ALVARO. Y aun el honor?
- GONZALO. No me infaman  
á mí mis hechos.
- ALVARO. Advierte  
que del rey viste la muerte:  
sí regicida te llaman....
- GONZALO. Cómo! Monstruo! Tu maldad....
- ALVARO. Gente se acerca.—Callemos.  
Sal y disponte.—Hablabremos  
camino de la ciudad.
- GONZALO. (Ap.) Qué horror! Y capaz él mismo!  
será....
- ALVARO. Te sigo al instante.
- GARCÍ-LOP. (Desde adentro por la izquierda).  
Conde, aquí aguardo.
- ALVARO. (Dirigiéndose á su encuentro). Adelante!
- GONZALO. (Entrándose. Qh! le ha abortado el abismo!)



## ESCENA IV.

GARCI-LOPEZ. D. ALVARO.

- ALVARO. Garci-Lopez, de liviana  
mi reflexion ha pecado,  
porque al cabo bien pensado...  
mas esperad á mañana.  
A Palencia partó ahora:  
la noche pasaré allí.
- GARCI-LOP. Y aquí he de aguardaros?
- ALVARO. Sí,  
que no es tanta la demora.
- GARCI-LOP. Como consiga de vos  
tornar gozoso á Toledo....
- ALVARO. De mis designios no puedo  
deciros hoy mas.—Adios.

## ESCENA V.

MENDOZA. D. ALVARO. GARCI-LOPEZ.

- MENDOZA. Conde, conde, qué es aquesto?  
Así de improviso os vais?
- ALVARO. Qué os asombra? No temais:  
estaré de vuelta presto.  
Aquí Garci-Lopez queda,  
que es mi amigo, cual lo fué  
siempre.
- MENDOZA. Nada omitiré  
de cuanto en su obsequio ceda.
- ALVARO. Siempre halla en vos digno alarde  
la nobleza.
- MENDOZA. Y la amistad  
en vos.
- ALVARO. (A Mendoza.) Con que adios quedad.  
Y silencio! (A Garci-Lopez aparte.)
- GARCI-LOP. Dios os guarde.

(Vase D. Alvaro por la izquierda.)



ESCENA VI.

MENDOZA. GARCÍ-LOPEZ.

MENDOZA. Tomad, si gustais, asiento;  
y si preferís la amena  
vista gozar de estos sitios,  
venid á la hermosa vega,  
donde árboles, fuentes y auras  
murmuran á competencia.

No tiene en su largo curso  
el fértil Carrion florestas  
que mas el don generoso  
de sus aguas agradezcan;  
y con razon en Castilla

dice la gente labriega:  
«Del Madrigal á la gloria,»  
que es paraíso esta tierra.

GARCÍ-LOP. Es cierto; alabar he oido  
muchas veces su excelencia;  
mas perdonad, que me encuentro  
fatigado.

MENDOZA. Si os deleitan  
las tablas, jugar podemos,  
que yo acostumbro las siestas,  
mano á mano con un page,  
matar el tiempo.

GARCÍ-LOP. Quisiera,  
en vez de inútil recreo,  
que á solas y con franqueza,  
sobre negocios que atañen  
á nuestro interes de cerca,  
platicásemos.

MENDOZA. Lo propio  
anhelo yo, pues sospechas  
acá en mis adentros tengo  
de que algun mal nos espera.

GARCÍ-LOP. Y tanto!

MENDOZA. Si? Qué decís?

GARCÍ-LOP. Corre borrasca deshecha  
el bajel de nuestra suerte.

- MENDOZA. Callad, por Dios, que me aterran  
vuestras palabras.
- GARCI-LOP. Pues callo.
- MENDOZA. Ah! no me ocultéis... Se empeña  
sobrado en su propia ruina  
quien osa labrar la agena;  
bien lo conozco. A la infanta,  
en quejarse, si se queja,  
sobrada razon la asiste;  
mas puesto el asunto en tela  
de juicio, quién venceria?
- GARCI-LOP. Si á juicio venimos, ella.
- MENDOZA. ¿Vos mismo no la inclinásteis  
á que dejase las riendas  
del Estado?
- GARCI-LOP. Era su anhelo  
vivir retirada, y era  
grande el crédito del conde,  
y mucha mi inexperiencia.
- MENDOZA. Duro aprieto, Garcí-Lopez.  
Vuestra venida, la priesa  
de don Gonzalo, y á poco  
de ambos hermanos la ausencia,  
aquel pliego que entregásteis,  
todo mi temor aumenta.  
Si el ser amigos del conde  
y opuestos á Berenguela,  
que otra causa haber no puede,  
conflictos tales engendra,  
ó si algun lazo nos arman,  
por San Pedro de Cardena,  
daremos que hablar al mundo:  
encaminamos á Otella  
nuestros pasos; á la infanta  
pedimos perdon....
- GARCI-LOP. Qué suena?
- MENDOZA. Qué rumor?  
Véamos (*Acercándose á la ventana*).  
Cielos!  
Estoy soñando? No es ella?

**ESCENA VII.**

MANRIQUE. MENDOZA. GARCI-LOPEZ.

MANRIQUE. Albricias, Mendoza, albricias!

MENDOZA. No me engañé.

MANRIQUE. Ya sin guerra  
vencimos; ya en nuestras manos  
tenemos á Berenguela.

MENDOZA. Y los demas?

MANRIQUE. Son su hermana  
y gente de la nobleza:  
Rodrigo de los Cameros,  
Suero Tellez, Orbaneja,  
con otros aderezados  
mas que de viaje, de fiesta.

MENDOZA. Y á qué fin?...

MANRIQUE. Del conde en busca  
dice que marcha á Palencia.

MENDOZA. Aun alcance darle puede;  
ó avisémosle, que apenas  
llegarán los dos hermanos  
al extremo de la vega.

MANRIQUE. Asegurémola aquí,  
que teniéndola sujeta....

GARCI-LOP. Eso es mejor.

MENDOZA. En buen hora.

Pues (*á Manrique*) de mi parte ofrecedla  
hospedage.—(*A Garci-Lopez*) No os parece?

GARCI-LOP. Es muy justo, y que con muestras  
de atencion y de respeto  
la recibais.

MANRIQUE. Ya se acerca.

**ESCENA VIII.**

DOÑA BERENGUELA. DOÑA LEONOR. D. RODRIGO DIAZ. *Caballeros  
que acompañan á doña Berenguela.* GARCI-LOPEZ. MENDOZA.

MANRIQUE.

MENDOZA. (*Dirigiéndose á la puerta del fondo para recibirla.*)  
Entrad, señora, entrad.



BERENG. Siento, Mendoza,  
molesta seros, mas al conde busco,  
y si aquí ha de venir, dadme licencia....

MENDOZA. Quién la pide al gozar de lo que es suyo?  
Presto vendrá don Alvaro, y en tanto  
en esa habitacion tendreis seguro  
albergue, y aun solaz bajo sus techos  
contra el ardor del inclemente julio.

Vos, infanta, tambien, de vuestra madre  
como en el nombre en la beldad trasunto,  
mi respeto admitid; y estos señores,  
cuyo cuidado adivinar presumo,  
alojamiento ocuparán cercano.

BERENG. Sois bondadoso por demas.

MENDOZA. Procuro  
con mi deber cumplir; y aquí os dejamos,  
no pasemos de atentos á importunos.

(*Vánse Mendoza, Garcí-Lopez y Manrique por el fondo.*)

### ESCENA IX.

DOÑA BERENGUELA. DOÑA LEONOR. RODRIGO DIAZ. *Caballeros.*

RODRIGO. Ciertos, señora, mis presagios eran,  
que de esta soledad los fuertes muros  
insidioso hospedage prometian.

BERENG. No, Rodrigo, no tal: ¿qué causa pudo  
alarmaros así?

RODRIGO. Que lisonjero  
con corteses halagos un astuto  
su enemistad disface, y que las armas  
con recato traidor celen los suyos.

BERENG. Quizá se apresten á ignorada empresa.

RODRIGO. No; en sus maldades mi receío fundo.

BERENG. Placer mostró Mendoza en mi llegada.

RODRIGO. Fuera prudencia demostrar disgusto?

BERENG. Cúmplase en mí la voluntad del cielo!

RODRIGO. Oh! si por fin vuestro primer impulso  
realizado se hubiese! El regocijo  
de la noble Palencia me figuro,  
y el aplauso del pueblo, y humillada

- la enemistad del opresor adusto.
- BERENG. Aquí por eso preferí quedarme.  
¿Queréis que mueva popular tumulto,  
y que, como en la infancia de mi padre,  
arda en bandos el reino y en disturbios?  
Ay! ¡infeliz del que la rienda empuña  
por do se rige antojadizo vulgo!  
Si blando cede á su violencia, débil;  
si modera sus ímpetus, injusto.  
Vigor en mí no hallando, remitieron  
el freno al conde, corazon robusto  
y fuerte brazo, que al principio dones  
se reputaron de dichoso anuncio.  
Hoy, aplaudida yo, y él infamado,  
trocado vemos de la suerte el rumbo.  
¿Qué mucho, pues, que su rigor provoque  
lo inopinado del desden? ¿Qué mucho  
que una rival en mí, y un móvil vea  
en mi insana ambición de su infortunio?  
Así, Rodrigo, su rigor no extraño,  
y su celosa enemistad disculpo.
- RODRIGO. Señora, no; los que la patria anhelan  
de una vez redimir; los que importunos  
do quier os siguen, precaviendo el riesgo  
de que os sujeten á ominoso yugo,  
jamás la frente al déspota humillaron,  
ni lisonjas para él su lengua tuvo.  
¿Vos insensible al general lamento?  
¿Vos disculpar su proceder injusto,  
vuestro destierro, la rapaz codicia  
con que su mano en vuestra herencia puso,  
y los despojos de sagrados templos,  
y de Castilla la miseria y luto?  
Hable su iniquidad: solo á traidores  
prodiga su favor; solo, iracundo,  
de honores, bienes y sosiego priva  
á los que, honrados, con léal impulso  
en las últimas cortes defendieron  
vuestro interés y dignidad.
- BERENG. Profundo  
guarda mi gratitud este recuerdo;  
mas resistir al conde, fuera orgullo,



- fuera crimen en mí, porque aun me deja gozar en paz de mi postrer refugio.
- RODRIGO. ¡Fatal resignacion! ¿No veis, señora, que eso audacia le infunde, y que sin fruto, cuando la lid inevitable sea, opondreis resistencia en vuestros muros? Escrupulos dejad: este el momento es de obrar sin reparos; aquí juntos teneis los que una vez del falso conde arrostraron las iras; los que en Burgos, por defender vuestros derechos, de odios y atroz persecucion ingrato cúmulo echaron sobre sí; mas de sus bienes sobrellevan la pérdida con gusto. Un pueblo entero á vuestras plantas gime y os demanda piedad: aliento suyo es este fuego que en nosotros arde, volcan que puede consumir un mundo. Un sí de vuestro labio, una sonrisa, de gloria y libertad germen fecundo verterá en derredor: lo anhela el pueblo; clero y nobleza ayudarán al triunfo. —Los que presentes veis, todos se obligan por vos á combatir.
- CABALLEROS. Todos!
- BERENG. Ninguno!
- Nadie el acero en mi defensa arriesgue: yo de Castilla para siempre huyo!
- RODRIGO. Vos huir? Imposible!
- BERENG. Este secreto guardado á su pesar mi pecho os tuvo.
- RODRIGO. Que os hemos de perder! Jamas!
- BERENG. Mi ausencia en paz os dejará.—Nada aventuro.
- RODRIGO. Os cerrarán el paso nuestros brazos.
- BERENG. Lo allanarán mis lágrimas.
- RODRIGO. Pues duros aun así nos vereis.—¿Quién vuestra marcha osará proteger?
- BERENG. Quien? Solo uno!
- Mi hijo!
- RODRIGO. El infante don Fernando! Cielos!

Cuanto mal sospeché cierto descubro.

¿Con ese fin sin duda Giron y Haro  
á Toro dias há fueron de oculto?

¡Feliz Leon que en su heredero cifra  
presagio tal de su esplendor futuro!

Mas ¡felice tambien será Castilla,  
que á despecho de lúgubres augurios,  
pidiendo, batallando, á la observancia  
de sus leyes atenta y de sus usos,  
la hermosa joya guardará en su seno  
con que á la suerte enriquecerla plugo!

BERENG. Guarde la lealtad para sus reyes,  
y el ánimo tenaz contra el espurio  
habitador de España.

RODRIGO. Lo que os demos

á vos como leales, en tributo  
damos tambien al rey.—En fin, señora,  
dejando embarazosos disimulos,  
sabed que el cielo vuestros pasos guia.  
La ciudad os aguarda: sin tumulto  
ni amenazas de lid, forzará al conde  
á devolver lo que usurpó, y al punto,  
por voto y órden de los tres Estados,  
de nuevo cobrareis el cetro augusto.

BERENG. Callad.—¿Ese baldon me reservábais?  
¿Eso osais proponerme? ¿Cuando pudo  
de mí forjarse tal concepto? ¿Cuándo  
vileza tal en Berenguela cupo?

Gloria en mí no llameis lo que es infamia,  
ni en vosotros lealtad, sino perjurio.

LEONOR.  
BERENG.

Id, insensatos, donde aplausos logren  
de officiosos juglares los discursos.

LEONOR.  
BERENG.  
LEONOR.

Degenerada estirpe es ya en Castilla  
la de sus nobles, turbulento vulgo,  
cuanto en las leyes del honor un dia,  
en áulicas marañas hoy maduros.

BERENG.  
LEONOR.

Lejos de mí tal mengua.—Ya al intento  
de encaminarme á la ciudad renuncio;  
y si por caso vuestros planes medran,  
y el conde cede al popular insulto;  
si, por la fuerza ó la razon vencida,  
al puesto me alzan que tenaz rehusó,

tomaré de vosotros tal venganza,  
que he de asombrar con mi rigor al mundo.

(Dirigese con ademan imperioso á la puerta de la derecha; los  
caballeros le abren paso con muestras de suspension y de temor,  
y desaparece rápidamente seguida de doña Leonor.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

## ACTO II.

*La misma decoracion del acto primero.*

### ESCENA PRIMERA.

DOÑA BERENGUELA. DOÑA LEONOR. —

BERENG. *(Retirándose de una de las ventanas del fondo.)*

Ni un leve rumor se siente.  
Pasó la noche, y la aurora,  
y el sol há mas de una hora  
que resplandeció en su oriente.

LEONOR. Te consume la impaciencia.

BERENG. Ver á Enrique solo anhelo,  
para dejar este suelo  
al punto.

LEONOR. Ah! So! Con tanta urgencia?  
Pero qué á partir te obliga?

BERENG. El bien de todos.

LEONOR. ¿De quienes,  
si á pesar de tus desdenes,  
aun los que mas enemiga  
contigo tuvieron antes,  
por afecto ú interés

- se acercan hoy á tus pies  
con pesarosos semblantes?
- BERENG. Esos tienen por oficio  
negociar bienes ajenos,  
y luego exigen, al menos  
el galardón del servicio.  
Al conde llaman ahora  
tirano y usurpador:  
si no alcanzan mi favor,  
seré yo la usurpadora.  
Berenguela no acaudilla  
odios ni huestes aquí;  
no se diga que por mí  
su quietud pierde Castilla.
- LEONOR. Quién ha de decirlo?
- BERENG. Hermana,  
me hicieron traición ayer:  
me adulan hoy: puede ser  
que me calumnien mañana.  
No procedo por encono,  
pues tengo por mas ventura  
una vida en paz y oscura,  
que los cuidados del trono.  
—Triste de mí! Estoy hablando  
como si próximo ya....  
¿Sé si Alfonso accederá  
á que venga mi Fernando?
- LEONOR. Hasta hoy noticia ninguna  
de Giron ni Haró tenemos,  
pero....
- BERENG. Todos son extremos  
en mi enemiga fortuna,  
y el brindarme hoy la ambición  
con nuevos halagos, es  
indicio para despues  
de mayor mal.
- LEONOR. Qué ilusión!  
¿De que no anteceda aviso  
á su partida, proviene  
tu temor? ¿No le conviene  
mas el llegar de improviso?  
Tal vez aumentar desea

BERENG. con la sorpresa tu gozo  
Ay hijo! ¡Con qué alborozo  
cuando tu madre te vea  
te abrazará! Léonor  
¿es verdad que envanecido  
con príncipe tan cumplido  
no es mucho que esté mi amor?

LEONOR. Aunque en mi voto haya parte  
de ceguedad natural,  
digo que puede hijo tal  
cualquiera madre envidiarte.

BERENG. Irás á Leon gustosa?

LEONOR. Al cabo del mundo fuera,  
si siempre al lado estuviera  
de hermana tan cariñosa.

BERENG. Mi pupila allí verá  
que por su bien me desvelo.

LEONOR. En qué? dime.

BERENG. Pide al cielo  
que nos lleve presto allá.

—Te dejo un instante: voy  
de los nuestros á saber.

LEONOR. Mucho van á agradecer  
tu cuidado.—Adentro estoy.

*(Se entra por la derecha, cerrando la puerta.)*

## ESCENA II.

GARCI-LOPEZ. DOÑA BERENGUELA

*(Entra este por la izquierda á tiempo que doña Berenguela va á salir por el mismo lado y se sorprende al verle.)*

GARCI-LOP. Soy yo.—No temais, señora.

BERENG. Ah! Sois vos!

GARCI-LOP. Al fin os veo;  
cumpliose al fin mi deseo:  
venga ya la muerte ahora.

BERENG. En mala ocasion ilegais.

—A salir iba.

GARCI-LOP. Por Dios!

Esperad! No sabeis vos,



- si esta ocasion malograis,  
lo que se malogra en ella;  
y ya mi suerte bendigo  
que hablaros aquí consigo  
sin encaminarme á Otella.  
Me despreciais! Lo merezco.  
Desdichada sois por mí.  
Oh! Cuánto me arrepentí!  
Y cuánto tambien padezco!  
Señora, vuestro quebranto,  
no, no troqueis en enojos:  
perdon os pido de hinojos (*echándose á sus piés*);  
perdon os pide mi llanto!
- BERENG. Llorar por causa tan fútil!  
Ah! ¡Si supiérais cuán útil  
vuestro consejo me ha sido!  
—Yo desprecio?—Gratitud  
al veros tan solo siento.
- GARCI-LOP. ¿Agradeceis (¡oh portento  
de grandeza y de virtud!)  
agradeceis que un error  
hasta el punto me cegara  
de no ver en el de Lara  
la asechanza de un traidor?
- BERENG. Basta: callad.—¿Vos tambien  
sois contra el conde?
- GARCI-LOP. ¿Hay quien siga  
aquí ya su infame liga  
y estime su honra?
- BERENG. Sí.
- GARCI-LOP. Quién?
- BERENG. Yo!
- GARCI-LOP. Qué decís? Cuando anhela  
Castilla toda que el mando  
recobreis, señora, y cuando....
- BERENG. Conoceis á Berenguela?  
Hija de Castilla yo,  
á nadie en amarla cedo:  
morir por mi patria puedo;  
tornar á regirla, no.
- GARCI-LOP. ¿Teneis por empresa vil

- lo que otros codician tanto?  
Mas ¿y el injusto quebranto  
en que gimen pueblos mil?  
Intérprete de su afán,  
por bien del tirano mismo,  
salvadlos del hondo abismo  
á que caminando van;  
y pues intento vedado  
es acabar con el uno,  
gobiernen dos de consuno,  
el conde, y vos á su lado.
- BERENG. No es posible.
- GARCI-LOP. Yo sé el modo  
de conseguirlo, y en breve.
- BERENG. ¿Quién se atreverá...
- GARCI-LOP. Quién debe:  
las cortes, el reino todo;  
porque sabed que me envia  
el primado don Rodrigo.
- BERENG. De nadie la opinion sigo  
cuando es honrada la mia.
- GARCI-LOP. Bien: oponed resistencia:  
Don Alvaro ha de abdicar  
en vos, ó yo he de pagar  
mi empeño con la existencia.
- BERENG. Se exaspera mi altivez  
con propuesta tan indigna.  
De demasiado benigna  
me culpásteis una vez:  
no sé si lo fuera dos;  
pero aunque mas me apocara,  
firmeza no me faltara,  
Garcí-Lopez, para vos. (*Vase*).

### ESCENA III.

GARCI-LOPEZ.

Rara virtud! Si supiera  
que su imprudente heroismo  
será la ruina del conde  
ú origen de un entredicho!



Ocultárselo es forzoso:  
creyéralo amaño indigno,  
y al punto lo impediría,  
que medios hay de impedirlo.  
Mas ¿quién sabe.... Al fin descende  
de régia sangre, y altivo  
corazon late en su pecho....  
Si enojo fingió conmigo....  
Mas ¿cabe ficcion en ella?  
¿Puedo yo serle bien quisto?  
Sus palabras, su sonrisa  
de encono mal reprimido  
señales eran.... Qué importa?  
Aun esperanzas abrigo.  
—Pero hele aquí: si él me ayuda  
con doble razon confio.

#### ESCENA IV.

D. ALVARO.—GARCÍ-LOPEZ.

- ALVARO. ¿Dónde está, dónde? (*Reparando en Garcí-Lopez.*)  
—Ah! qué veo!
- GARCÍ-LOP. Qué os sorprende?
- ALVARO. (*Con ironía.*) Si permiso  
dais para hablar á la infanta....
- GARCÍ-LOP. No tengo en su casa oficio,  
bien lo sabeis; mas há poco  
por esa parte ha salido.
- ALVARO. ¡Qué celo en seguir sus pasos!  
¡Qué semblante tan contrito  
mostrais! Deudor soy sin duda  
al ingenio peregrino,  
á la bondad envidiable  
que juntar el cielo quiso  
en tan prudente señora  
del candor que en vos admiro.  
La estoy oyendo: «¡Dios santo,  
Dios de piedad! habrá dicho:  
acato como hija docil  
los mandatos pontificios,  
mas censura tan severa

- GARCI-LOP. contra pueblo tan sumiso!»  
Sazon no es esta de burlas.  
Lo que al partir ofrecido  
me dejásteis, hoy reclamo.
- ALVARO. Responderé al arzobispo:  
qué mas quereis?
- GARCI-LOP. La respuesta.
- ALVARO. Prometo darósla hoy mismo.  
Acreeador sois exigente.
- GARCI-LOP. Debo serlo.
- ALVARO. ¿Y si indeciso  
dudase aun....
- GARCI-LOP. Imposible.
- ALVARO. Porqué?
- GARCI-LOP. Porque en este sitio  
estais vos, y vuestro hermano,  
y todos vuestros amigos  
por una parte, y por otra  
la contraria; estais de aviso  
sobre lo que hacer conviene:  
hay otorgantes, testigos....
- ALVARO. Pues, decid ¿es testamento?
- GARCI-LOP. Puede bien ser codicilo.
- ALVARO. Confieso que diestro sois,  
y que está todo previsto;  
mas ved que si errais en algo  
por ignorancia ó descuido....
- GARCI-LOP. No será mi primer yerro.
- ALVARO. Pero sí el postrero.
- GARCI-LOP. Os brindo  
con la paz; si vos....
- ALVARO. Vëamos  
qué debo hacer.
- GARCI-LOP. ¿Es preciso  
renovar la conferencia  
que á solas ayer tuvimos,  
y que os ruegue yo acepteis  
lo que os importa á vos mismo?
- ALVARO. No, pero en términos claros  
los pactos decidme.
- GARCI-LOP. Digo  
que la tutela cedais

- á Berenguela.—Admitido?
- ALVARO. Proseguid.—Despues veremos.
- GARCI-LOP. Que el gobierno sea exclusivo de vos solo.
- ALVARO. Hay mas?
- GARCI-LOP. Y vuelvan á sus señores antiguos los bienes hoy confiscados, á la iglesia sus dominios, y á cada cual sus derechos y honores y beneficios.
- ALVARO. Con lo que al punto encumbrados de nuevo mis enemigos, y ella, sin querer, gozando con el rey de predominio, y auxiliada por los suyos, me agradecerá el servicio con un destierro.... verdad? Qué poco habeis aprendido!
- GARCI-LOP. Exigid seguridades, si eso temeis.
- ALVARO. Ya imagino que las darán.
- GARCI-LOP. A la infanta hablad sino, y convencido quedareis de que el cuidado que demuestro es solo mio. Ni aun la tutela ambiciona.
- ALVARO. Por eso como un prodigio la adoran todos.—En suma, á hablarla me determino.
- GARCI-LOP. Bien: como logreis vencer su resistencia....
- ALVARO. Confio que he de lograrlo. Id con Dios, que al fin seremos amigos. *(Con intencion.)*

*(Váse Garci-Lopez por el fondo. D. Alvaro se acerca á la mesa, escribe un papel, imprime en él un sello que lleva guardado y se lo mete en el pecho.)*

ESCENA V.

DOÑA LEONOR, *que sale por la derecha, y retrocede al ver á D. Alvaro, dando un grito de sorpresa.*—D. ALVARO.

LEONOR. Ah!

ALVARO. ¿Quién.... Leonor! (¿Me ofusca mi deseo?) Huis de mí?

LEONOR. Perdonad.... Mi hermana aquí quedó, y cuidadosa....

ALVARO. ¿En busca íbais de su afecto?

LEONOR. Si.

ALVARO. Pues aunque tan mal remplace al que siempre hallais en ella, y aunque en mí el contento aplace de verla, me satisface este acaso de mi estrella. Permittedme que cortés os trate (*Acercando una silla*). Asiento tomad en tanto que os hablo.

LEONOR. Hablad;

mas si solo atencion es....

ALVARO. Es asunto de entidad. Decidme: cuando á la mente se agolpan de vuestra hermana tras su infortunio presente los temores de mañana, ¿qué dice de mí, qué siente? Perdió el supremo esplendor, y al verse tan abatida ¿no es cierto, hermosa Leonor, que maldice en mí al autor de las penas de su vida?

LEONOR. No, don Alvaro: devora en silencio su amargura; mundanas quejas ignora; si acaso una ofensa llora, del ofensor no se cura. Y con ser la sin razon de sus contrarios tan clara, porque de vil ambicion



- no la acusen, se prepara  
á perpétua expatriacion.
- ALVARO. No sabeis con qué alegría  
oigo de vos tal disculpa,  
porque en efecto sentia  
que creyese culpa mia  
lo que es de los otros culpa;  
pues ver no puedo sin tedio,  
de su inocencia testigo,  
que todo el bando enemigo  
me empeñe, al buscar remedio  
contra un mal, en su castigo.  
Esto os confieso en descargo  
de mi rigor; sin embargo,  
que ha de cesar no dudeis,  
y de hacerlo así me encargo  
con tal que vos me ayudeis.
- LEONOR. Yo? Os burlais?
- ALVARO. Si os dijera  
que de vos el reino espera  
la paz hasta hoy malograda,  
¿qué me respondiérais?
- LEONOR. Nada;
- ALVARO. que eso es, conde, una quimera.  
Y si os hiciese saber  
que un hombre por vos suspira,  
gozando en su padecer,  
¿replicareis que delira?
- LEONOR. No, que eso bien puede ser.
- ALVARO. Pues salga del corazon  
secreto tan encerrado;  
y si ofende su pasion,  
sincérole de lo osado  
lo noble de su intencion.  
Timbre régio os dió la cuna,  
pero á esta empresa no daña,  
que en blasones y fortuna,  
á mi familia, ninguna  
hay que aventaje en España.  
Mi casa, que hoy ambiciona  
el honor de alzarse igual  
al brillo de la corona,

BERENG. soberana es en Narbona,  
y en Castilla principal.  
LEONOR. Señora, unidas las dos  
BERENG. con lazo de estrecha alianza,  
para siempre se afianza  
LEONOR. el bien de todos. En vos  
cifrada ved la esperanza  
BERENG. de que antes árbitra os hice,  
LEONOR. la de una hermana infelice,  
BERENG. la de un hombre que os adora,  
y en fin la de un reino.—Ahora  
la incrédula ¿qué me dice?

LEONOR. Mi labio el recato sella.  
Ese celo cortesano  
que mi respeto atropella  
¿no sabe que no hay doncella  
aquí que mande en su mano?  
Tutora tengo, señor,  
que lleva de hermana el nombre,  
mas su maternal amor,  
si esposo me da en un hombre,  
será en quien me esté mejor.  
Con ella de esto tratad,  
que su prudencia y bondad,  
como fuere empeño justo,  
no torcerán vuestro gusto,  
y menos mi voluntad.

ALVARO. Pues bien: prevenid su agrado  
en mi favor.

LEONOR. Yo?

ALVARO. Sí, que es  
vuestro poder extremado,  
y el logro así anticipado,  
vendré á ofrecerme á sus pies (*Váse*).

## ESCENA VI.

DOÑA LEONOR.

Cielos! Deliro? Jamas  
lo sospeché.—Con que, al cabo,  
corazon que has sido esclavo

del deber, feliz serás!  
¿Qué mas anhelas, qué mas?  
Tambien en Gonzalo muda  
fué la pasion, pues ¿quién duda  
que el que así me adora es él?  
Oh! no es el conde cruel,  
pues hoy á mi amor ayuda.  
Mas si mi hermana condena....  
No; no es posible: ella gana  
tambien.... Oh! luzca mañana  
del bien la aurora serena!  
Yo quebranto la cadena  
que ligaba á una nacion:  
frís de paz y de union  
me aclamará el pueblo entero;  
cuanto era imposible espero....  
¿Qué mas quieres, corazon?

### ESCENA VII.

DOÑA BERENGUELA.—DOÑA LEONOR.

BERENG. Ay! Eres tú!  
LEONOR. Sí: cercano  
tu acento escuchar creí....  
BERENG. Y don Alvaro?  
LEONOR. De aquí  
salió hace un momento.  
BERENG. En vano  
he discurrido.... Voy pues  
á encontrarle.  
LEONOR. A quién? Espera,  
que mal en tí pareciera....  
BERENG. Antes no, hermana. ¿Quién es  
el que aquí viene á rogar,  
él ó yo?  
LEONOR. De tu destino  
ya eres árbitra, que él vino  
tu proteccion á implorar.  
BERENG. Tan desvalido está el conde?  
LEONOR. Tan conciliador se muestra.

- BERENG. Está ya de parte nuestra?  
Qué dice?
- LEONOR. Ay de mí!
- BERENG. Responde:  
qué intenta?
- LEONOR. A pedir se allana....  
¿mas ¿cómo te lo diré  
sin rubor? La mano de....
- BERENG. De quién, Leonor?
- LEONOR. De tu hermana.
- BERENG. Desventurada! Qué has dicho?  
Esa avenencia propone?
- LEONOR. Si á tu decoro se opone....
- BERENG. O es asechanza, ó capricho  
con que ofuscarte pretende,  
que ¿cómo sin precision  
ha de ahuyentar la ilusion  
que en él el poder enciende?
- LEONOR. Pues qué hay en eso de extraño?
- BERENG. Hay que por diversos modos  
me aborrecen aquí todos,  
conjurándose en mi daño.  
Ah! ¿Tú tambien me abandonas?  
¿Y tu reciente promesa?  
¿Es esa, Leonor, es esa  
la afición de que blasonas?  
Hijo mio! Solo en tí  
firmeza de amor sincero,  
solo en tí encontrar espero!
- LEONOR. ¿Adonde tu frenesí,  
hermana, te lleva, adonde?
- BERENG. Tú esposa suya!
- LEONOR. Ya no.
- Perdone Gonzalo: yo....
- BERENG. Gonzalo dices, ó el conde?
- LEONOR. Pues no escuchaste?
- BERENG. Sí; acaba.
- LEONOR. Por él no hubiera.... y es llano  
que audaz pretendió mi mano  
porque de Gonzalo hablaba.  
Que duro, añadió, contigo  
procede, aunque harto le allige,